

Ah! por mi desgracia eterna no os he sabido apreciar, hasta el momento de perderos para siempre!... ya no tengo, ni el derecho, ni la esperanza de deteneros!... Era necesario, á vuestra alma, un sentimiento celestial: á Dios: cumplid vuestro destino sublime!... Os admiro demasiado para compadecerós; pero estoy oprimido de sentimiento y de dolor!... El cielo estará, sin duda, en los lugares que habiteis; allí llevareis la virtud, la sensibilidad; allí encontrareis la paz!... y yo, privado de vos; seré perseguido de un recuerdo, que secará mi corazón despedazándolo: ¡qué objeto, en adelante, podrá interesarme, enternecerme ó agradarme! A Dios! Vos partís, renunciáis á todo, ¡mas yo solo soy á quien inmolaís!... Pronunciando el Rey estas palabras, apoyó sus labios sobre las manos de la Duquesa, y luego, arrojándose precipitadamente hácia la puerta, se desapareció!... atravesó rápidamente las viviendas con su pañuelo en los ojos!... Llegó al fin de la escalera; se detuvo, ocupado del doloroso pensamiento que no vería jamás esta muger angelical, cuyo destino habia trastornado;... tuvo tentacion de volver á subir, no con la esperanza de cambiar su resolucion por

nuevos esfuerzos, sino únicamente para volverla á ver; para mirar siquiera una vez aquel dulce semblante!... Se acercó la berlina bajo de la vóveda, y se decidió á entrar; pero, antes de hacerlo, volviéndose hácia el ayuda de cámara de confianza de la Duquesa, que lo habia seguido para alumbrarle, le ordenó fuese al dia siguiente por la mañana, anunciándole, que lo agregaría á su servicio, y les asignaría pensiones á todos los demás criados de la Duquesa. Tambien le encargó llevase la lista de todos los pobres á quienes la Duquesa, desde su conocimiento, socorria.

El Rey partió: la Duquesa, prosternada en su celdilla, oyó salir la berlina del palacio de Biron, para no volver á entrar jamás en él, y cerrarse la gran puerta!... A este ruido, que resonó dolorosamente en su corazón, interrumpió su oracion exclamando: esto es ya hecho... no le volveré á ver sino en la eternidad! Me parece que el universo entero acaba de destruirse á mis ojos! aun antes de dejar el mundo, él no existe para mí!... Sus placeres, sus ilusiones, sus esperanzas, todo acaba de desvanecerse!... La verdad sola me queda! cualquiera que sea su austeridad, durante estos dias de

destierro, parece dulce y consoladora, cuando se le busca de buena fé, y se le abraza voluntariamente. Ella no es espantosa, sino para las almas irresolutas ó viciosas! Diciendo estas palabras se levantó, y mirando fijamente su atahud, dijo: todos los padecimientos humanos allí se terminarán!.... Dentro de un instante una paz inalterable va á suceder á tantas agitaciones!

Este pensamiento calmó la turbacion de su corazon; quedó algunos momentos en silencio, los ojos fijos sobre su lecho funebre.... A la vista de este objeto imponente, las pasiones se anonadan ó se callan.

Salió la Duquesa de su gabinete á dar las últimas órdenes para su partida; todo quedó dispuesto para las dos de la mañana: entonces pasó á la habitacion de su hija: ésta vivia ya dos años en el castillo con su aya; pero la Duquesa, que estaba continuamente sola, la detenia á dormir en su habitacion, y, queriendo verla en el instante mismo de su partida, habia enviado á traerla la vispera. Mademoiselle de Blois dormia con el mas profundo sueño; una lámpara de velar alumbraba su cuarto. Acercóse la Duquesa suavemente á su cama, entre-

abrió la cortina, y, mirando á esta hija encantadora, repartió un diluvio de lágrimas! Tu despertar será doloroso, le decía; en vano llamarás á tu madre!.... Ella estará en un asilo apasible y seguro, al abrigo de todos los peligros que van á rodear tu juventud.... Voy á refugiarme al puerto, y te dejo enmedio de las tormentas! Oh hija mia! tú sabrás temerlas, cuando yo te pinte todo lo que he sufrido!.... Dentro de este palacio te he ocultado mis lágrimas y mi vergüenza; dentro de mi celda te abriré este corazon materno: tú verás sus profundas heridas; verás que una valerosa expiacion puede cicatrizarlas; pero que nada borra sus señales!.... A Dios, hija querida! Ay de mí! yo debo, para siempre, llorar tu nacimiento; mas Dios me ordena que te ame y te bendiga; me permite echarte menos; el dolor que siento al dejarte, no es sin alguna dulzura; al menos es legítimo!.... A Dios!.... Quiera el cielo que seas menos sensible, y mas feliz que tu madre!.... A estas palabras, dejando caer la cortina, se salió vertiendo un torrente de lágrimas.... Entró un momento en su oratorio; tomó, de rodillas, la cruz de cristal que en otro

tiempo habia recibido de su madre, único adorno que quiso llevar: á continuacion, encargó á su ayuda de cámara de la suma que destinaba á los pobres, y de llevar á muchos de ellos los documentos de contratos de rentas vitalicias; dejó tambien, con algunas cartas escritas de su puño, cierto número de diamantes, de que dispuso á favor de sus amigos íntimos. Despues de haber ejecutado ella misma esta especie de testamento, pasó al salon donde, de su orden, se habian reunido todos los criados; les pidió perdon del escándalo que les habia dado, y les hizo la exhortacion religiosa mas patética. Al llenar sus deberes se reanimaba, y sentia renacer sus fuerzas. En fin, al amanecer, abrazó á sus criadas llorosas, y arrancándose de sus brazos, salió con un paso firme, diciendo: gracias al cielo! héme aquí libre de todos los bienes frágiles que la fortuna puede quitar, y de los que la muerte nos despoja! Yo recobro, por último, la paz del alma; y este tesoro inestimable no me será quitado jamás!... Dicho esto, montó en su berlina con un poco de alteracion. Sus domésticos la siguieron hasta el fin de la escalera. Sus lágrimas y sus gemidos la turbaron...

hizo seña al cochero que partiese, y obedeció. Al pasar el umbral de la puerta, mil recuerdos confusos le oprimieron el corazon; desechó los que debia, fijando el pensamiento en su hija, y se soltaron de nuevo sus lágrimas... En el momento que entró en la calle de árboles, que vá á París, distinguió el castillo, empezó á temblar, y, desviando al momento los ojos, bajó la cortina de aquel lado... Ella iba sola en una berlina de alquiler, con dos caballos y un lacayo sin librea; no llevaba mas de su palacio magnífico, que acababa de abandonar, que su atahud, para ponerlo en su celda, amarrado á la zaga del coche con una cubierta en figura de cofre. Despues de una hora de camino, echó la vista al campo admiró la frescura, el verdor y la belleza de los árboles en flor; y esta vista la llenó de pena: suspiró; esta era una despedida á la campaña, á las risueñas colinas, á la naturaleza!... Levantó los ojos al cielo, y dijo: allí es donde debo fijar mis miradas! allí se dirigirán en adelante todos mis deseos! este cuerpo mortal no será mas que una sombra de la tierra! mi alma engrandecida, exaltada, se separa de él des-

de esta vida, para gozar antes de tiempo de su naturaleza divina, y de su inmortalidad! rompe los lazos que la cautivan, franquea el espacio que la separa de Dios, se arroja en su seno, y reposa en él; la fé le descubre todo lo que la misericordia suprema le promete en la eternidad, y el amor le hace poseer ya el mas precioso de todos los bienes infinitos, que es amar á Dios sin medida!... Estos pensamientos la fortificaron; y elevaron sobre sí misma. Llegó al monasterio de Carmelitas á las seis de la mañana: la superiora, á la cabeza de la comunidad, salió á recibirla á la puerta del convento; madama de la Valliere se echó á sus pies, diciendo: *Madre mia, yo he hecho siempre tan mal uso de mi voluntad, que vengo á ponerla en vuestras manos, para no volverla á tomar jamás* (1). La condujeron á la Iglesia; luego que salió de allí, en el momento hizo cortar sus largos y hermosos cabellos, que mandó á sus hijos. Se abreviaron, en favor de su zelo, las pruebas que preceden á la entrada en el noviciado: eligió, para recibir el

(1) Sus propias palabras.

hábito, el tercer domingo despues de Pentecostés, que fué el año de mil seiscientos setenta y cuatro, el dos de Junio, dia en que la Iglesia propone á los fieles la parábola del pastor, que carga sobre sus espaldas la oveja perdida; la que sirvió de texto al sermón, predicado por el Obispo de Aire: Bossuet y Bordaloue estaban ausentes. Madama de la Valliere tomó el nombre piadoso de Sor Luisa de la Misericordia (1). Durante el año de su noviciado madama de la Valliere, por su piedad, por su fervor, por su humildad profunda, admiró á la santidad misma: las piadosas Carmelitas se la propusieron como modelo el mas perfecto de la penitencia.

El cuatro de Junio del siguiente año (2), pronunció sus votos madama de la Valliere: á excepcion del Rey, y madama de Montespán, toda la Corte asistió á esta solemne ceremonia, cuya memoria eternizó Bossuet por el mas elocuente discurso. La ilustre penitente se mostraba por la última vez; no se

(1) Todos estos detalles son históricos.

(2) En 1675.

le podia embidiar ó aborrecer; se le veía con admiracion, tal cual era, bella, modesta, animosa: nunca su figura habia parecido mas sensible y mas noble: su fisonomía, llena de hechizo y amabilidad, habia recobrado toda la serenidad de la inocencia, y toda la dignidad de la virtud. La Reyna le dió el velo negro; madama de la Valliere se puso de rodillas para recibirlo; solo entonces se le vió levantar los ojos con timidez hacia la Reyna, que parecia su mirada suplicatoria implorar un perdon que ya habia alcanzado. La Reyna la abrazó con la más tierna expresion; madama de la Valliere bajó respetuosamente la cabeza, y se escaparon de sus ojos dulces lágrimas.... Todos los corazones se conmovieron vivamente y se aumentó la ternura cuando Bossuet habló....

Concluida la ceremonia, entró la Reyna al convento; estuvo cerca de media hora encerrada con madama de la Valliere; al despedirse le prometió volver con frecuencia á visitarla; empeño que cumplió exactamente hasta su muerte.

Madama de la Valliere, consagrada enteramente á Dios, se condujo con tan poca vio-

lencia, que en medio de tantas austeridades, parecia no haber hecho otra cosa, que recobrado su primer caracter, y seguido su inclinacion natural. Con la paz del corazon restauró su salud perfectamente; y, no obstante la delicadeza de su constitucion, vivió mas de treinta años en el monasterio. Tan querida como reverenciada de su hija, que fué despues hecha Princesa de Conti, terminó dulcemente su vida en sus brazos (1). Su muerte ofreció un espectáculo sublime: su alma, purificada, se separó sin violencia de su mortal despojo, para recibir el glorioso premio de su generoso sacrificio y de sus dilatados trabajos.

A. M. D. G.

(1) Histórico.